

FILOSOFÍA Y VIDA FILOSÓFICA

Jorge MARTÍNEZ BARRERA

Resumen: el propósito de este escrito es el de recordar que la filosofía es ante todo una manera de vivir en la cual la contemplación ocupa el lugar principal. El impulso originario de la vida filosófica es el amor a la verdad y no el odio por las injusticias, y esto descalifica las pretensiones de saber filosófico de algunas corrientes de pensamiento.

Palabras clave: filosofía latinoamericana, filosofía de la liberación, vida filosófica, contemplación.

Abstract: the aim of this paper is to remember that Philosophy is mainly a way of life in which contemplation is the most important concern. The original impulse of philosophical life is love of the truth and not hatred against injustice. This aspect disqualifies the philosophical aspirations of some thought trends.

Key Words: latinoamerican philosophy, liberation philosophy, philosophical life, contemplation.

No deseo entrar en una polémica acerca de la existencia o no de un pensamiento filosófico argentino porque eso nos llevaría demasiado lejos, y tal vez nos involucraría en asuntos odiosos. No se puede negar de todos modos que en los últimos años ha habido una consolidación científica de la filosofía en nuestro país; muchos de nuestros académicos están realizando trabajos internacionalmente reconocidos, y no necesito recordar las condiciones en que ellos trabajan. Nuestros académicos logran cumplir con las exigencias cuantitativas de los órganos que financian las investigaciones, y cualitativamente también responden a los requerimientos de las principales revistas filosóficas del hemisferio norte y a las pocas existentes en nuestro hemisferio.

Pero también debemos ser francos y reconocer que el paisaje estrictamente filosófico argentino es aún deficiente. Y si es cierto que la filosofía surge cuando ya existen casi todas las cosas necesarias y las relativas al descan-

so y al ornato de la vida,¹ entonces, cuando se ignora qué es realmente lo necesario, qué es el descanso y cómo reverenciar el ornato de la vida, no sorprende que prácticamente no haya un pensamiento filosófico importante o una verdadera escuela de filosofía. Y si a esto se agrega la nociva idea de que la filosofía es un capítulo de no sé qué sociología de combate, entonces el paisaje es desolador. Esto genera odiosidades, facciones y descalificaciones de las cuales tenemos ya sobrada experiencia en la vida académica.

En realidad, el recuento y exhibición de las miserias sociopolíticas no satisface los requerimientos más elevados del alma. Hasta donde puedo ver, el colmo de esa desmesura es la filosofía de la liberación con todas sus variantes vernáculas. Curioso nombre para una filosofía que a la larga quedará prisionera de sus enconos. Pero la filosofía, si ha de comenzar a existir, debe tener su origen en un impulso moral: el *amor* de la verdad, y no el *odio* por la injusticia. No se puede poner el rencor y la ira como fuerza motriz del pensamiento serio y riguroso, por más que ellos estén perfectamente justificados. La capacidad de identificar y resistir a estas pasiones destructivas como comienzo de la sabiduría, es una prueba de madurez espiritual. Por eso estoy convencido de que esas pseudo-filosofías que se pretenden socialmente comprometidas, no tienen en su origen un impulso de vida, sino, a la larga, de muerte. Pero, ¿significa esto que debemos renunciar a la capacidad de indignarnos? De ninguna manera. No podemos evitar la más profunda consternación, la más radical vergüenza frente a las injusticias que nos hacen “inclinarse sobre el pecho la cabeza llena de odio y de asco”, como decía Kafka en una fórmula impresionante.² Incluso más, existe una buena manera de enojarse, esto es, en el momento en que se debe, por las razones apropiadas y contra las situaciones o personas pertinentes.³ Pero insisto, la filosofía, la verdadera, no puede nacer de esas aguas agitadas. La ira enceguece y la filosofía es luz. El enojo perturba y el pensamiento es serenidad. La ofuscación es tiránica y la sabiduría es un canto a la libertad.⁴ La pseudofilosofía de la protesta instiga al combate, mientras que la filosofía verdadera es, convengamos con Hegel, vespertina, ella viene al final del día, cuando todo está en calma y en silencio. “Cuando en la profunda noche del invierno una feroz tormenta de nieve brama sacudiéndose en torno del albergue y oscurece y oculta todo, entonces es la hora propicia de la filosofía. Su preguntar debe entonces tornarse sencillo y esencial. La elaboración de cada pensamiento no puede ser sino ardua y severa”, dice Heidegger en un párrafo conmovedor. Y me interesa subrayar que

1) Aristóteles, *Metafísica*, 982b 22-24.

2) KAFKA, Franz, *Consideraciones acerca del pecado, el dolor, la esperanza y el camino verdadero*. Buenos Aires, Editorial Alfa Argentina, 1975, versión castellana de Adrián Neuss, p. 63 (el aforismo corresponde a los *Ocho cuadernos en octavo, tercer cuaderno*).

3) Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1106b 18-22; 1109a 25-29.

4) Recuerdo aquí el hermoso subtítulo de un libro del Profesor Roig sobre Platón: *La filosofía como libertad y expectativa*.

la tormenta feroz es “en torno del albergue,” no “adentro.” El furor de la tormenta es el del odio. Uno podrá licuarlo en dosis infinitesimales y disfrazarlo de sistema de pensamiento. Pero a la larga, eso conduce a la exacerbación, a la mayor intranquilidad del alma, a la creciente esclavización del espíritu. Pocos han sido más libres que el Sócrates del *Fedón*, quien, muriendo injustamente en prisión, reflexiona sobre la inmortalidad del alma. Lo que sus discípulos no ven es que Sócrates, ya escapó de la prisión y por eso no tendría sentido una huida. Por eso no creo que sea posible contemplar la verdad desde el espacio angosto de las trincheras de guerra, por muy seductoras que éstas sean como postura intelectual. Rebajamos frecuentemente la vida filosófica a una postura cuasi militar.

Con todo esto quiero decir que la gran tentación del filósofo argentino, tal vez iberoamericano, tal vez también europeo, es la de dejarse embarullar por la política y sus ruindades. Parece que no hubiera posibilidad de filosofar si no es concentrando la atención en el tema político. Lentamente, nos estamos dejando ganar por la absolutización de la política. Y en vez de pensar lo político desde la filosofía, obramos al revés: pensamos la filosofía desde lo político. La filosofía política clásica en cambio, por dar un ejemplo, es extraordinariamente provocativa porque ella no es, en lo esencial, una filosofía de lo político, sino una filosofía *more politico expressa*, una forma política de hablar de filosofía.⁵ No puede haber filosofía prescindiendo de la experiencia, del suelo en donde uno está parado. Pero ese suelo nutricio no puede ser la red en donde las alas queden inmóviles: “In spiritus remigio vita,” es el lema de la Universidad Nacional de Cuyo. El propósito de Aristóteles en la *Ética Nicomáquea* y en la *Política* es el de convencer a los políticos, es decir, a aquellos que influyen directamente sobre la comunidad, de que la vida mejor no es la vida política, sino la contemplativa.⁶ El fin de la vida política es “demasiado superficial,” se permite decir el mismo Aristóteles inmediatamente después de haber dicho que la Política es el más eminente de los saberes prácticos.⁷ Por eso Aristóteles hace saber, ya en el comienzo mismo de la *Ética Nicomáquea*, que la indagación que se propone llevar a término allí es “una cierta manera de entender la Política” (*politiké tis oûsa*).⁸ Y más cercano

5) Cito a Leo Strauss en *¿Qué es filosofía política?* Madrid. Ediciones Guadarrama. 1970, pp. 125-6: “(...) la expresión ‘filosofía política’ no significa esencialmente un tratamiento filosófico de lo político, sino un tratamiento político o popular de la filosofía, o la introducción política a la filosofía, el intento de conducir a los ciudadanos cualificados, o, mejor aún, a sus hijos cualificados, de la vida política a la vida filosófica. Este significado más profundo de ‘filosofía política’ concuerda perfectamente con su sentido ordinario, porque en ambos casos la ‘filosofía política’ viene a culminar en un canto a la vida filosófica.”

6) Es la tesis original de Richard Bodéüs en: *Le philosophe et la cité. Recherches sur les rapports entre morale et politique dans la pensée d’Aristote*. París. Société d’Édition Les Belles Lettres, 1982, pp. 79 y 120.

7) *Ética Nicomáquea*, 1095b 24.

8) *Id.* 1094b 11.

a nosotros, un espíritu torturado, pero admirablemente lúcido como el de Max Weber, nos anuncia que el mundo de la política está regido por los demonios. Quien se mete en política, decía, debe saber que “ha sellado un pacto con el diablo” y que “quien no ve esto es un niño, políticamente hablando. (...) quien hace política pacta con los poderes diabólicos que acechan en torno de todo poder⁹.” También Santo Tomás, con su instintiva desconfianza hacia lo político encarnó la posición del cristianismo hasta no hace mucho tiempo. Y digo hasta no hace mucho tiempo porque hemos de lamentar que la polvareda de lo político haya llegado ya a casi convencer de su falsificada primacía a más de un cristiano influyente. Por cierto, la rehabilitación de la filosofía práctica, y por lo tanto, de la política, es una buena cosa. Pero no debe escapárenos que manipulamos un arma de doble filo. No es cierto que la filosofía necesite de la legitimación política ni de la de los portavoces de los oprimidos. Si hemos de filosofar, lo haremos con el corazón y la mente puestos en la contemplación, y ésta no puede ni debe tener otro objeto que el que tradicionalmente le ha sido señalado: la verdad.

Y a su vez, la contemplación de la verdad tiene su acabamiento definitivo, para decirlo de una manera un tanto brusca, en el conocimiento de Dios.¹⁰ Pero para comprender esto es necesario un acto de fe. No se trata, sin embargo, de la fe teologal, porque esto dejaría afuera al no creyente. No es eso. El hombre contemplativo no pide de antemano a nadie que *crea* en Dios. Lo que se pide como acto de fe es otra cosa. Se pide, nada más y nada menos, que el no-contemplativo o el que aún no lo es, crea en la autenticidad de una *experiencia* filosófica que se ha hecho carne viva en el sabio. Uno mismo, y también las instituciones políticas, tienen que aprender a respetar al que contempla. En una palabra, hay una primera contemplación, la de contemplar al que contempla. Es preciso saber barruntar que en su vida sin estridencias están sucediendo cosas portentosas. Esas personas arquetípicas *viven* en una comunión intelectual, afectiva y práctica con la verdad.¹¹ Esto les permite una cuota de felicidad que los embustes de la política no nos dejan siquiera imaginar. Estos hombres y mujeres son, realmente, personas *fidedignas*, dignas de fe, y éstas son las que necesitamos. Entonces, si la vida tiene un sentido (y que lo tiene, sólo un necio lo negaría) ¿no será que ese sentido nos

9) WEBER, Max, *La política como vocación*, en *El político y el científico*. Madrid, Alianza Editorial, 1986, p. 168, 173 ss.

10) “Si la tarea de la filosofía no es más que el estudio y la consideración de los seres, en tanto que son pruebas de su Autor, es decir, en tanto que han sido hechos (...) y si la Ley religiosa invita y exhorta a la consideración de los seres, está claro entonces que lo designado por este nombre (sc. Filosofía) es obligatorio o está recomendado por la Ley religiosa.” AVERROES, *Libro del discurso decisivo*, 1, en: AVERROES, *Sobre filosofía y religión*. Introducción y Selección de textos por Rafael Ramón Guerrero. Pamplona. Cuadernos de Anuario Filosófico, 1998. Se trata de un texto con una clara reminiscencia agustiniana.

11) SANTO TOMÁS, *Summa Theol.*, IIa-IIae, q. 180, a.1 s.c.: “Por lo tanto, la vida contemplativa tiene algo de afectiva o apetitiva.”

está siendo mostrado sin aspavientos por algunos hombres y mujeres “que han elegido la mejor parte, aquella que no les será arrebatada” (Lc. 10:42)? Y si esto es así, ¿no será que la vida política misma de los pueblos puede verse profundamente afectada cuando descubre a los hombres *fidedignos*? Por cierto, si el primer requisito extraoficial para triunfar en la vida política consiste en ejercitarse para mentir con total naturalidad, y si convalidamos tácitamente este dictamen de los inescrupulosos y psicópatas que hoy parecen haber ganado la partida, está claro que no es en esa política donde hallaremos nuestra salvación como comunidad. La hallaremos en la *otra* política, en aquella “cierta manera de entender la política,” a la cual se refería el Estagirita.

Pongámonos de acuerdo en algo, sin embargo: la vida contemplativa, como la más perfecta de todas, aquella de la que debiera alimentarse incluso la acción política, no es, exactamente hablando, la vida del profesional de la filosofía. La vida contemplativa no exige que todos hayan de convertirse en profesores de filosofía. No se trata, en lo fundamental, de la filosofía como ciencia condensable en tratados, sino de la filosofía como estilo de orientar la vida, como modo de vivir. La vida filosófica, entendida como la vida cuyo sentido final y definitivo es la contemplación de Dios, puede serle esquivo al filósofo profesional, y sin embargo estar al alcance de cualquier viejecita piadosa, como observaba Santo Tomás.¹² La vida filosófica, por curioso que parezca, es una vocación universal porque en la misma naturaleza humana está escrito que todos deseamos saber, todos estamos convocados al *sabor* de la verdad,¹³ que es, justamente porque sabe (a) algo, un alimento. Y si tenemos la grandeza de ánimo de acoger amorosamente esta invitación de la naturaleza, forzosamente habremos de toparnos, en algún momento, con los vestigios de Dios. Que este hallazgo sea hecho por el camino de la *ciencia* filosófica, es una excelente posibilidad. Pero lo mejor de una filosofía así entendida, es que ella nace de un impulso radicalmente moral: el amor de la *vida* contemplativa. Así pues, sólo habrá verdadera filosofía cuando ésta se acople finalmente con la sabiduría. Por cierto, no es mi intención descalificar la tarea del filósofo profesional, sino más bien invitar a explorar la idea de que la filosofía universitaria, aquella que se pretende científicamente rigurosa, puede alcanzar su culminación cuando también es parte de un modo de entender y dirigir la propia existencia. En definitiva, si tiene que haber un compromiso del filósofo con la comunidad en la cual está inserto, esa responsabilidad no puede estar en una exhortación al combate, en un atizar la hoguera de los resentimientos, sino en una demostración de que la vida académica no es únicamente un trabajo remunerable. La vida académica es mucho más que

12) “(...) ninguno de los filósofos de antes de la venida de Cristo, a pesar de todos los esfuerzos, pudo saber tanto acerca de Dios y de lo necesario para la vida eterna cuanto después de la venida de Cristo sabe cualquier viejecita mediante la fe (...).” *In Symbolum Apostolorum sc. “Credo in Deum” expositio*. Prologus, 4 (Traducción de Salvador Abascal, México, 1981).

13) ARISTÓTELES, *Metafísica*, 980a 1.

eso; ella consiste esencialmente en la transmisión de lo contemplado a los discípulos: “Del mismo modo que es mejor iluminar que solamente brillar, asimismo es cosa más grande dar a los demás las cosas contempladas que solamente contemplarlas”, escribe Santo Tomás.¹⁴ Personalmente, y creo que viene al caso, debo decir que no hay expresión que me repugne más que la de “trabajador de la educación” para referirse a quienes tienen la responsabilidad de formar espíritus. Ese vocabulario típico de la belicosidad sindical está fuera de lugar en la filosofía.¹⁵ Pero también es cierto que hay obligación de crear los necesarios ecosistemas políticos favorables a la comprensión de lo esencial de la vida académica. Ciertamente, en ella no puede faltar la asunción de responsabilidades gerenciales o administrativas de diversa índole. Pero debe existir un núcleo innegociable de libertad y de ocio que permita poner una cuña entre esas obligaciones y el verdadero pensar, de modo que la vida académica sea realmente el tributo a un dios.

El autor es Licenciado en Filosofía por la UNCuyo y Doctor en Filosofía por la Université Catholique de Louvain, Bélgica. Actualmente es miembro de la Comisión de Doctorado y Profesor asociado con jornada completa y dedicación exclusiva en el Instituto de Filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Sus áreas de interés son la Filosofía Social y Política. Posee múltiples publicaciones en el país y en el extranjero. E-mail: jmartinh@puc.cl

Recibido: 5 de marzo

Aprobado para su publicación: 17 de abril

14) ST, II-II, q.188, a.6, c.

15) Si bien la expresión “trabajador de la educación” tiene raíces marxistas, me parece más fecundo analizarla desde la perspectiva arendtiana de *La condición humana*, en donde la autora muestra de qué modo toda *práxis* humana ha sucumbido a los criterios de acción del *animal laborans* y de su glorificación de la actividad de la labor, la cual no conoce otra forma de excelencia humana distinta a la del trabajador. Vivimos en un mundo en el cual todo lo que hacemos ha de ser entendido como una respuesta a la exigencia de tener que “ganarnos la vida”. La aparición de la vida biológica como asunto fundamental de las preocupaciones políticas ha generado lo que autores como Michel Foucault, Roberto Esposito y Giorgio Agamben llaman la “Biopolítica”.